



Verdad y Anuncio de la Fe



Pa. NUESTRA SRA. REINA DEL CIELO ✧ AÑO V ✧ Nº. 21 ✧ 27 DE MARZO DE 2011

EVANGELIO DEL DOMINGO

San Juan 4, 5-15. M-26, 39a. 40-42

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob.

Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial, Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber.»

Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mi, que soy samaritana?» Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.»

La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?»

Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.»

La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla. Veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.»

Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieren dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.»

La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo.»

Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo.» En aquel pueblo muchos creyeron en él. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.»

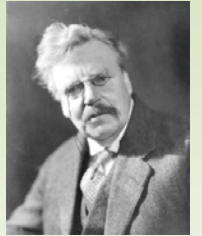


CONTENIDOS DE LA HOJA SEMANAL

- Evangelio: San Juan 4, 5-15. M-26, 39a. 40-42
- Testimonio: K. Chesterton. Por qué me convertí al Catolicismo.
- Magisterio: CV II – Lumen gentium (LG 5, 7) El Reino de Dios
- Tradición: San Teófilo de Antioquía (siglo II)

K. Chesterton: Por qué me convertí al catolicismo (extracto)

Aunque sólo hace algunos años que soy católico. Lo primero que me atrajo hacia el catolicismo, era algo que, en el fondo, debería más bien haberme apartado de él. Recuerdo especialmente que unos autores serios lanzaban graves acusaciones contra el catolicismo, y, cosa curiosa, lo que ellos condenaban me pareció algo precioso y deseable.



Se mencionaba con estremecido pavor, una terrible blasfemia sobre la Santísima Virgen de un místico católico que escribía: "Todas las criaturas deben todo a Dios; pero a Ella, hasta Dios mismo le debe algún agradecimiento". Esto me sobresaltó como un son de trompeta y me dije casi en alta voz: "¡Qué maravillosamente dicho!" Me parecía como si el **inimaginable hecho de la Encarnación** pudiera con dificultad hallar expresión mejor y más clara que la sugerida por aquel místico, siempre que se la sepa entender.

Ahora la superstición y la credulidad han vuelto a expandirse con vertiginosa rapidez. Los católicos serán **los únicos que, con razón, podrán llamarse racionalistas** en el sentido de profesar una fe que es razonable y da sentido a la vida y eludir cualquier creencia basada en supersticiones carentes de lógica y sensatez. El mismo culto idolátrico por el misterio empezó con la decadencia de la Roma pagana.

Aquellos que en otro tiempo exigían a gritos la anulación de los conventos, **destruyen hoy sin disimulo la familia**. Muchas señales místicas han sacudido el mundo. Pero una sola revolución mística lo ha conservado: **el santo está al lado de lo superior, es el mejor amigo de lo bueno**. Toda otra aparente revelación se desvía al fin a simplificaciones destructoras; al pesimismo, al optimismo, al fatalismo, a la nada y otra vez a la nada; al "nonsense", a la insensatez.

Es cierto que todas las religiones contienen algo bueno. Sólo la Iglesia Católica puede salvar al hombre ante la destructora y humillante esclavitud de ser hijo de su tiempo. Los católicos, muy al contrario de todos los otros hombres, tienen una experiencia de diecinueve siglos. Una persona que se convierte al catolicismo, llega, pues, a tener de repente dos mil años.

Esto significa, si lo precisamos todavía más, que una persona, al convertirse, crece y se eleva hacia el pleno humanismo. Juzga las cosas del modo como ellas conmueven a la humanidad, y a todos los países y en todos los tiempos; y no sólo según las últimas noticias de los diarios. Jamás la superstición ha revolucionado tanto el mundo como ahora. Hace ya mucho, sin embargo, que la Iglesia Católica probó no ser ella una invención de su tiempo: es la obra de su Creador, y sigue siendo capaz de vivir lo mismo en su vejez que en su primera juventud: y sus enemigos, en lo más profundo de sus almas, han perdido ya la esperanza de verla morir algún día.

C.V.II.LUMEN GENTIUM. (LG 5,7).EL REINO DE DIOS

5. El misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. **Pues nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios** prometido desde siglos en la Escritura: «Porque el tiempo está cumplido, y se acerca el reino de Dios» (Mc 1,15; cf. Mt 4,17). **Ahora bien, este reino brilla ante los hombres en la palabra, en las obras y en la presencia de Cristo.** La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo (cf. Mc 4,14): quienes la oyen con fidelidad y se agregan a la pequeña grey de Cristo (cf. Lc 12,32), éstos recibieron el reino; la semilla va después germinando poco a poco y crece hasta el tiempo de la siega (cf. Mc 4,26-29). Los milagros de Jesús, a su vez, confirman que el reino ya llegó a la tierra: **«Si expulso los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros»** (Lc 11,20; cf. Mt 12,28). Pero, sobre todo, el reino se manifiesta en la persona misma de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, **quien vino «a servir y a dar su vida para la redención de muchos»** (Mc 10,45).

Mas como Jesús, después de haber padecido muerte de cruz por los hombres, resucitó, se presentó por ello constituido en Señor, Cristo y Sacerdote para siempre (cf. Hch 2,36; Hb 5,6; 7,17-21) y derramó sobre sus discípulos el Espíritu prometido por el Padre (cf. Hch 2,33). **Por esto la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos,** y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino. Y, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el reino consumado y con todas sus fuerzas espera y ansía unirse con su Rey en la gloria.

7. El Hijo de Dios, en la naturaleza humana unida a sí, redimió al hombre, venciendo la muerte con su muerte y resurrección, y lo transformó en una **nueva criatura** (cf. Ga 6,15; 2 Co 5,17). Y a sus hermanos, congregados de entre todos los pueblos, los constituyó místicamente su cuerpo, comunicándoles su espíritu. En ese cuerpo, la vida de Cristo se comunica a los creyentes, quienes están unidos a Cristo paciente y glorioso por los sacramentos, de un modo arcano, pero real. **Por el bautismo, en efecto, nos configuramos en Cristo: «porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu» (1 Co 12,13), ya que en este sagrado rito se representa y realiza el consorcio con la muerte y resurrección de Cristo:** «Con El fuimos sepultados por el bautismo para participar de su muerte; mas, si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección» (Rm 6,4-5). Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con El y entre nosotros. **« Porque el pan es uno,** del cual todos participamos; por eso, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, **pues todos participamos de ese único pan» (1 Co 10,17). «Así todos nosotros nos convertimos en miembros de ese Cuerpo» (cf. 1 Co 12,27).**



SAN TEÓFILO DE ANTIOQUÍA (siglo II)

Conocemos muy poco de san Teófilo y de su obra literaria, que debió de ser extensa. Gracias a Eusebio de Cesarea sabemos que fue el sexto obispo de Antioquía, después de San Pedro. Es el único de los apologistas que estuvieron revestidos del carácter episcopal, y en una sede tan importante por su antigua tradición.



De San Teófilo sólo se conservan los tres libros *"A Autólico"*, escritos hacia el año 180. Quizá *Autólico* no sea un personaje real, sino más bien un tipo de pagano común a finales del siglo II, un hombre culto, pero a quien le parecía demasiado simple la doctrina de Cristo.

San Teófilo nos enseña que el conocer a Dios exige una *buena disposición* previa:

«Una boca elocuente y una dicción agradable procura a los pobres hombres placer y alabanza para vanagloriarse; mas el amor de la verdad no atiende a las palabras afectadas, sino que examina cuál sea la eficacia del discurso. Tú, Autólico, amigo mío, me increpaste con vanas palabras, vanagloriándote en tus dioses de piedra y leño, cincelados y fundidos, esculpidos y pintados, dioses que ni ven ni oyen, pues son meros ídolos, obras de manos de los hombres; y me tachas además de cristiano, como si llevara un nombre infamante. Yo confieso que soy cristiano y llevo este nombre, grato a Dios, con la esperanza de ser útil para el mismo Dios».

«Pues ya que tú me dices: «Muéstrame a tu Dios», yo te replicaría: «Muéstrame tú a tu hombre, y yo te mostraré a mi Dios». Muéstrame, en efecto, unos ojos de tu alma que vean y unos oídos de tu corazón que oigan. Porque a la manera que quienes ven con los ojos y oyen con los oídos del cuerpo, tal sucede con los oídos del corazón y los ojos del alma para ver a Dios; pues Dios es visto por quienes son capaces de mirarle, si tienen abiertos los ojos del alma».

«Muéstrame, pues, que tú no eres adúltero ni deshonesto ni rapaz ni defraudador ; que no te irritas, que no eres envidioso ni arrogante ni altanero, que no riñes, que no amas el dinero, que no desobedeces a tus padres... Porque Dios no se manifiesta a quienes cometen estas acciones, si antes no se purifican de toda mancha. (...) Porque, de la misma manera que una mota en tu ojo te impide mirar fijamente la luz del sol, de igual manera, tus impiedades, oh hombre, proyectan sobre ti una sombra para que no puedas mirar directamente a Dios».